

el dom. supl. (concepción, 22. iii. 1992 p. 9 AR1408

A medio
siglo de
un premio

Augusto D'Halmar



* Nuestro primer Premio Nacional de Literatura junto al poeta Manuel Magallanes Moure, en 1928, en el Oriente.

Aunque estuvo ligado a la Universidad de Concepción y a EL SUR, escasísimos desquites deben recordar la vinculación de Domingo Mériti con esta ciudad. No obstante —y más que sus trece libros y la dirección de "Arenas"— su obra más importante, como presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, fue la impulsar la idea de "instalar el Premio Nacional de Literatura, a manera de estímulo y reconocimiento oficial a las labores de la creación literaria".

Con la colaboración de parlamentarios de acuerdo, se logró la elaboración y promulgación de la Ley N° 7.368, que lleva las firmas del gobernante de la época, Juan Antonio Ríos Morales y de sus ministros, Guillermo del Pedregal y Benjamín Claro Velasco, de las carteras del Interior y Educación, respectivamente.

De acuerdo a su texto oficial, el galardón se otorgaría "por una vida entera

consagrada al ejercicio de las letras", y el primero en recibirlo fue Augusto D'Halmar, autor visitante de Concepción, como conferenciante en el viejo Salón de Honor universitario, o como simple turista en cajas de sus innumerables amigas.

Ya en marzo de hace medio siglo, era un "secreto a voces" el nombre del agraciado, pero la ceremonia de entrega de tan alta distinción solo se hizo el 23 de abril de 1942, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, y en ella habrían asistido, aparte de D'Halmar, aparentemente, Rubén Ascarán, el padre de Cármen, la galanista y artista Alberto Ríos, y los Amigos de Intelectuales de Chile, que fundara Ivánica a su regreso de España, y don Mousé Musso, por el Centro de Amigos de la Cultura Arabe, al que pertenecía también el flamante galardonado.

El histórico jirado —y bueno es recordarlo— estuvo compuesto por Ulises Vergara, ministro de Educación; Juventin

Hernández, rector de la Universidad de Chile, y Ricardo Lafauci, Arturito Donoso y Domingo Mériti, por los escritores.

Como el mérito mayor de esta iniciativa recién en este último, justo en resaltar brevemente su personalidad. Nacido en Italia, llegó a nuestro país siendo muy niño. Aquí se educó y adoptó nuestra nacionalidad. Antes obtuvo su título de ciudadano demócrata, ejercicio de tienen a sus profesores. Atrás de él por el periodismo, comenzó su carrera como colaborador de "Sedes", en 1917. Luego asumió la dirección del influyente "La Zona Central", de Talca, donde vivió largo tiempo, para después trasladarse a Santiago como redactor de "El Mercurio", y donde allí escribió para este diario.

Radicado en la capital, se dedicó básicamente a la crítica literaria, pero que sirvió con maestría al igual que Lafauci y Juan de Luigi padre. Designado director de "La Nación", popularizó los pseudónimos de Marco y

Juan Soler. Como apunta su colega menor, Raúl Silva Castro, en su "Panorama Literario de Chile", (Melli), a diferencia de otros autores que se han quedado dispersos en las páginas periodísticas, él exhibe una bibliografía concreta entre "Portales", publicado en 1930, y "La Generación Literaria de 1900", editada en 1946, año de su fallecimiento.

De Domingo Mériti poco se acuerda. De D'Halmar, por lo menos, una corta calle de Concepción lleva su nombre. "Perdurará aún a la memoria de Daniel Belmar, vivido muchos años antes de su deceso, quizás porque solo perteneció a la Sociedad de Escritores y no a periodistas, logros o ilusiones".

Volviendo a D'Halmar, alguien escribió que a los ciento diez de su herencia "han existido personas cuyas vidas se convirtieron en leyenda. Eso nos hicieron creer con Augusto D'Halmar y según se cuenta de haber contribuido notablemente a la creación de su propia mito". Claro que las leyendas trascienden, pero, a cuarenta y dos años de su muerte, es figura más que olvidada por la inmensa mayoría de sus compatriotas.

Del "Hermano errante" —como gustaba ser recordado si no querían, por superstición— su maravillosa genio verbal, la originalidad de las imágenes y, sobre todo, el ritmo de una nueva prosa que se alejó del academicismo hispano, algo mandó, para acercarse a Flaubert y Maupassant. Es la importancia de D'Halmar en la evolución de nuestra prosa narrativa". Para los entendidos —auténticos o de "túcila y pol", que son los más, tal vez únicamente su "Juana Lucero" ha hecho la suerte de sobrevivir al olvido.

Pero no su vapuleada afirmación —sostenida por Fernando Santibáñez— de que el artista debería permanecer callado toda la vida. Aun más, no debería mantener contacto con el otro sexo. El matrimonio trae consigo deberes ineludibles que distraen al artista de sus labores, empiezan en el espíritu, califica al hombre en contacto con la vulgaridad mínima de la vida". Tampoco mestizaron en D'Halmar las mínimas manifestaciones de comprensión o simpatía por el hombre del pueblo, al igual que Tolstoi, a quien admiraba sin límites.

Y aquí nadie preguntable si el jurado fue justo al decidir —hace medio siglo— que D'Halmar "tenía más que nadie la condición de los escritores", en este período tan extenso, jóvenes murieron sin recibirlo, pero quizás dejando más huellas como literatos y seres humanos?

S.R.F.

9 — La Gaceta del sur

Augusto D'Halmar [artículo] S. R. F.

AUTORÍA

S. R. F

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Augusto D'Halmar [artículo] S. R. F. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)